

Kilómetro muerto

Alejandra Serrano Hernández
 Lingüística y literatura hispánica
 alejandra.serranohe@alumno.buap.mx

Desde la noche anterior, sus párpados cargaban el cansancio de días anteriores; la fábrica había cerrado hace rato, pero él seguía ahí, con el eco del zumbido de las máquinas pegado al oído y el cansancio en los huesos. Afuera, la calle estaba húmeda, las luces de los postes titilaban como si también estuvieran agotadas. Cuando terminó su trabajo, montó a su auto, un clásico para algunos: era un Nissan Tsuru V1 color azul. Antes de encenderlo, miró por el espejo retrovisor a su compañera de trabajo, una mujer despampanante, que encantaba a cualquiera con su mirada.

Dio vuelta a las llaves con una sonrisa en los labios, giró en la rotonda del estacionamiento para despedirse del joven guardia que, hace poco rato, había empezado su turno nocturno. Pensó en llegar a casa, quitarse los zapatos, andar descalzo hasta la cocina sin que nadie le dijera nada, pues ya no lo esperaban con la cena. Tomaría una copa que se le antojaba desde antier. Atravesó el puente con una rápida maniobra, se unió al tráfico de abajo para alinearse al carril izquierdo. Por la radio, una cumbia se escuchaba en volumen muy bajo, casi imperceptible. Bajó la velocidad antes de llegar al primer semáforo; personas pasaban la acera en ambas direcciones, vio la plaza bastante concurrida. El sol bajó hasta el punto que lo artificial de los anuncios, las lámparas y las luces de los autos se podían apreciar más luminosas. Los camiones podrían lastimar

los ojos con aquellas luces azules, como si por dentro estuvieras en un antro de mala muerte con reggaetón viejo.

Frenó en seco antes de toparse con el auto de enfrente; respiró profundo antes de tocar el claxon y mentar la madre. Estaba a poco, un kilómetro a lo mucho, de casa. Bajó la ventana para que le tocara el fresco de la noche; luciría el movimiento más común, si no fuera por tal sorpresa cuando miró al otro lado: dos cuerpos desnudos, entrelazados, se ocultaban en la negrura del lugar; brillaron bajo la luz verde del semáforo con un resplandor blando, casi de cera. Parecían dormir, pero había algo en la quietud que no encajaba, una rigidez incómoda que le erizó la piel. El corazón le golpeó el pecho. El auto continuó su camino; miró alrededor: la calle vacía, el murmullo lejano del tráfico, el aire espeso. El coche arrancó lentamente, como si nada pasara, y los cuerpos se balanceaban con el movimiento. Sin entender por qué, comenzó a seguirlo.

El motor sonaba distante, y cada esquina que doblaba parecía llevarlo a un barrio distinto, aunque reconocía las calles: las mismas fachadas, los mismos perros flacos, además de las mismas ventanas apagadas. El coche se alejaba, en tanto los cuerpos parecían moverse apenas, como si respiraran. El corazón le golpeaba el pecho, y la voz en su cabeza le decía que se detuviera, que nada de eso tenía sentido; a pesar de eso no lo hizo: algo en los

cuerpos lo llamaba, como si reconociera algo suyo en esa inmovilidad.

Las luces de un semáforo parpadearon el ámbar; pisó más el acelerador. Apenas pudo distinguir los faros del auto de la derecha. Un sonido metálico, seco y brutal, para después escuchar un constante pitido, casi lejano. Intentó recuperarse rápido; a lo lejos escuchó el freno del auto que perseguía unas cuerdas antes e intentó avisar a los demás que tuvieran cuidado, que checaran el techo, pero solo se escuchó un quejido que se interpretaba como dolor. Del auto bajó un hombre corpulento; con pasos lentos se acercó. Sin embargo, no pudo ver más después de perder el conocimiento.

La voz de una enfermera lo despertó en un cuarto blanco, con olor a desinfectante. La mujer le explicó que había chocado contra otro coche, que había perdido el control. En seguida, preguntó por aquello que buscó: los cuerpos solo eran maniqués de un vendedor del tianguis. Quizás solo había descansado poco, y la mente juega muy rudo. Al escuchar eso, asintió un poco inconforme, pero intentó sonreír. Un sonido le llamó la atención: un roce leve en la ventana. Al girar la cabeza, los vio de nuevo: los mismos cuerpos, erguidos esta vez, mirándolo desde el vidrio con esos ojos vacíos. Buscó a alguien a su lado, parpadeó varias veces y ya no estaban. 🌑